

## CAPÍTULO XIII

### Cariño para con los animales.

Quien siente desprecio por cualquier ser viviente, tiene propiedades que nunca ha usado aún. — WORDSWORTH <sup>1</sup>.

El disoluto soldado de á caballo que pasó, ha herido á mi cervato, y éste va á morir. ¡Hombre vill! No medrarán los que te han muerto. Estando vivos jamás les hiciste mal; ¡ay! ni tu muerte puede serles tampoco de utilidad ninguna. — MARVELL <sup>2</sup>.

Hay en la mirada de todo animal una imagen vaga y un reflejo de humanidad, un relampagueo de extraña luz á través de la cual aparece su vida, para nuestro gran misterio de imperio sobre ellos y que reivindica el compañerismo de la criatura, ya que no el del alma. — RUSKIN <sup>3</sup>.

¡Cuán enorme cantidad de crueldad se perpetra sobre los mudos animales, sobre las aves, las bestias, los caballos, en fin sobre todo lo que vive. Los gladiadores romanos han desaparecido, pero quedan las corridas de toros españolas <sup>4</sup>. Así como se deleitaban las señoras romanas en ver sangrar y morir á los gladiadores en el anfiteatro público, así también las damas es-

1.

He who feels contempt  
For any living thing, hath faculties  
Which he has never used. — WORDSWORTH.

The wanton troopers riding by,  
Have shot my fawn, and it will dye.  
Ungentle men! they cannot thrive  
Who killed thee. Thou ne'er didst alive  
Them any harm: alas! nor could  
Thy death yet do them any good. — MARVELL.

3. There is in every animal's eye a dim image and gleam of humanity, a flash of strange light their life looks out and up to our great mystery of command over them, and claiming the fellowship of the creature, if not of the soul.

RUSKIN.

4. Y el pugilato inglés. (N. del T.)

pañolas palmotean con entusiasmo en espectáculos, de los cuales los guerreros ingleses se salen con repugnancia. « Debe confesarse, dijo Caballero, y lo confesamos con pesar, que en España, se manifiesta hoy muy poca compasión hacia los animales por hombres y mujeres; y entre las clases bajas, no hay ninguna absolutamente. »

Pero nosotros no tenemos tampoco limpias las manos. No hace aún mucho tiempo que el combate entre toros y perros era una de nuestras diversiones públicas; la riña de gallos y la arrancada de tejonos, eran cosas comunes hasta en nuestros días. Estas diversiones eran patrocinadas por los ricos y por los pobres. Ricardo Martín, de Galway, el amigo de los animales, consiguió obtener, en 1822, que se votara una ley que investía á los animales con derechos en el contrato social; sin embargo, dos de los jueces, en una causa llevada ante ellos, declararon que los toros no estaban comprendidos en los beneficios del acta.

En 1829 fué rechazada por la cámara de los Comunes un proyecto para la supresión de combates entre toros y perros, por una mayoría de 73 contra 28 votos. Pero la opinión pública creció, hasta que los combates entre toros y perros se hizo diversión de personas pobres solamente. Sólo hasta el año de 1835 no se votó un acta que ponía fin á los combates de toros y perros. La Sociedad para la supresión de la crueldad para con los animales fué establecida sobre la ley de Martín. Los animales fueron puestos bajo la protección legal, aunque desgraciadamente quedaron excluidos algunos. Aun hay muchos restos vivos de crueldad.

Por ejemplo, las aves quedaron excluidas. No necesita uno más que ir á Hurlingham en un *día de las señoras*, para ver la crueldad con que son tratadas las palomas. Se las suelta de sus jaulas á las pobrecillas, y se las caza por apuesta, tiñendo con su sangre los vestidos de las señoras. Hay tanto palmoteo como en una corrida de toros españoles. El ave á que se ha tirado, el ave con una pierna destrozada, consigue volar al campo, y cae en un lugar del matorral, y allí muere después

de una larga agonía. ¿Es ésta una lección de humanidad que las mujeres inglesas quisieran enseñar á sus hijos e hijas?

La moda de llevar alas de pájaros en los vestidos de las señoras ha sido comienzo de una época calamitosa para los pájaros. Los han tiroteado en todos los países para proveer á la pasión de la *gentil mujer* por las alas de los pájaros. El *Spec-tator* menciona un casamiento en que once madrinas llevaban vestidos adornados con pluma de cisnes y de petirrojos. ¡Qué matanza de pájaros para ese solo casamiento! Los petirrojos debían haber sido envueltos en sangre. Pero las señoras permitirán la matanza antes que dejar la moda.

Pero la matanza de pájaros como negocio ha alcanzado ahora proporciones que amenazan la existencia de algunas de las criaturas más hermosas de Dios. Los colibríes, los alciones, las alondras, los ruiseñores, son cazados con escopeta. ¡Un comerciante en pájaros, de Londres, recibió en una sola consignación 32,000 colibríes muertos, 80,000 pájaros acuáticos y 800,000 pares de alas!

Hace algunos años que el Parlamento votó un ley « para la protección de aves silvestres durante la época de la cría »; y después otra « para la preservación de las aves silvestres ». Pero estas leyes han tenido poco efecto. Aun se sigue matando las aves silvestres para el placer de las mujeres. Una de las últimas cosas es el sombrero diario de las señoras, « adornado con vistosos patos silvestres ». Si no pueden conseguir sus adornos aquí, son saqueados para ellas todos los rincones del mundo. La India es un vasto campo para los alciones cuyas alas son del color más hermoso. Se les mata para el mercado inglés <sup>1</sup>.

1. Un *Amigo de la naturaleza* escribe desde Khairpur á un diario de Lahore. « Hace un par de noches andaba vagando yo á orillas de un gran lago de aquí, cuando me encontré con dos hombres que llevaban unos canastos de forma particular. Á mi pregunta sobre quiénes eran y qué hacían, me contestaron que eran cazadores de pájaros, de Madrás. ¿Qué clase de pájaros? Alciones. Y en su canasto me mostraron la pluma de doscientos de ellos por los cuales me aseguraron que recibirían en Madrás cuarenta rapias. Me dijeron que ésta era su ocupación habitual y que durante todo el año había cuadrillas de ellos

Los ingleses se están atrayendo el desprecio de los noruegos por sus matanzas al por mayor de la caza mayor y menor, llevada á cabo por la clase baja de los turistas ingleses. El *Punch* de Cristianía, dice de nuestros compatriotas: « Ha pasado ya el tiempo en que Inglaterra se atrevía á tomar parte en la política: desde entonces, ha dormido firmemente. (Refiriéndose quizá á la política de lord Russell con respecto á Dinamarca.) Todo el bendito verano, vienen aquí ingleses zafios á mortificarnos, á pescar, á cazar y á destruir; de ese modo tendremos bien pronto destruída toda nuestra caza.

« Á consecuencia del enjambre de turistas ingleses, ha votado una ley el Storting, prohibiendo á todo extranjero el que pueda llevar una escopeta ó caña de pescar sin licencia. Basta con poder gozar del espléndido panorama de Noruega, sin destruir sus aves silvestres y su caza mayor. Sea lo que fuere, la ley pondrá término á esa destrucción al por mayor. »

La captura de alondras en este país es enorme. En Lakenmeath, en Suffolk, se cogieron en tres días, dos mil docenas de alondras y fueron enviadas á Londres para hacer empanadas de alondras, plato delicado de los glotones. Se han hecho muy populares las empanadas de alondras, y se toman todas las medidas imaginables para coger los pájaros en grandes cantidades, tanto en el país como fuera de él.

Refiramos cómo un hombre bueno se propuso salvar las alondras y vencer á los glotones. Aconteció esto en los alrededores de Aberdeen hace muy pocos años. Hacia mediados de marzo tuvo lugar un fuerte temporal de nieve. El campo estaba blanco hasta donde alcanzaba la vista. Los pájaros de tierra adentro eran arrojados á causa del temporal, por el frío y por el hambre,

esparcidas en todo el país, y que las plumas eran enviadas á Inglaterra. Como estaban en camino hacia el Sur, les pregunté si iban á Guzerat. Dijéronme que no, que allí se les prohibía emplearse en esa ocupación. ¡Buen Guzerat! Espero que su ejemplo será seguido en otras partes de la India inglesa y si no lo es aún, que lo sea bien pronto. Porque es claro que si esta destrucción escandalosa del hermoso pájaro sigue adelante por mucho tiempo, tendremos motivo para lamentar la completa desaparición de una de las más hermosas razas de aves silvestres. »

hacia la costa. Se les veía revolotear con ese movimiento peculiar de alas característico de la alondra cuando vuela sobre la tierra, antes de elevarse veloz en el espacio. Los campos inmediatos á la ribera estaban casi negros de alondras.

Un número grande de personas salieron para cogerlas por medio de trampas, y armadijos, y lija, ó cazándolas con escopetas. El número cogido fué inmenso. Siendo avanzada la estación, se habían apareado. ¡Pobrecillos! Vefanse arrastrados por el tiempo cruel á buscar juntos su fortuna ó destino. El buen hombre de quien hablamos, encontró á un bruto que ofrecía una alondra en venta, y á sus pies vió una jaula llena de pájaros. Era una perfecta Cueva Negra de Calcuta. Estaban luchando y empujándose en sus frenéticos esfuerzos por escapar. La vista de esto fué demasiado para los sentimientos del buen hombre. Compró todo el lote, y lo mandó á su almacén para mejor comodidad. Dirigióse en seguida á casa del secretario de la Sociedad protectora de animales, para ver si no se podría hacer algo para cortar este infame tráfico, pero con pesar suyo halló que, mientras que muchos de nuestros pájaros favoritos habían sido protegidos por la ley de 1876 para la preservación de las aves silvestres, había quedado omitida la alondra.

Hízose cargo personalmente de la preservación de las alondras. Díjoles á las personas que estaban ocupadas en destruirlas, que se las llevasen vivas, y que compraría los pájaros al mismo precio que recibían de los negociantes de caza en la ciudad. Aceptaron su oferta, porque sabían que en uno de los casos serían muertos y comidos los pájaros, mientras que en el otro, se les cuidaría y se les daría libertad. El número de alondras que se llevó era tan grande, más de mil, que, además de las alondras que estaban en jaulas en su almacén, obtuvo el uso de una habitación grande en el campo para tenerlas allí. El bullicio de su canto por las mañanas ensordecía, y montones de pájaros se juntaban sobre la casa para oír el tropel musical.

Pasó la gran tormenta, desapareció la nieve, y una vez más

se hizo visible el verde pasto y la negra tierra. Llegó entonces la redención de los cautivos. Abriéronse las ventanas de la habitación, y salieron cual torrente, cantando, y tomando vuelo en todas direcciones. En seguida fueron sacadas del almacén las jaulas con alondras y llevadas á un lindo sitio fuera de la ciudad. Abriéronse las puertas, y el bienhechor se paró al lado para ver la salida de sus amigas. Era curioso observarlas. Algunas salían como flechas, se remontaban en el aire, y prorrumpan en su canto :

Pouring their full heart  
In profuse strains of unpremeditated art<sup>1</sup>;

otras revoloteaban sobre la superficie del suelo y desaparecían en los bosques inmediatos. Se puede comprender, pero es difícil de expresar el contento de nuestro amigo del norte, en su pequeño acto de benevolencia. Las alondras se establecieron allí é hicieron sus nidos en las inmediaciones. Allí criaron á sus polluelos; y desde esa época ha sido rodeada la ciudad por la música de la alondra.

Higher still, and higher  
From the earth thou springest,  
Like a cloud of fire;  
The blue deep thou wingest,  
And singing still dost soar, and soaring ever singest<sup>2</sup>.

El gran Leonardo de Vinci, hombre grande por su bondad para con las aves y los cuadrúpedos, grande como arquitecto, como ingeniero militar, filósofo y artista, tenía la costumbre de comprar pájaros enjaulados para darles otra vez libertad. Se ha hecho un retrato de este noble artista haciendo un acto de misericordia, con los pájaros que han sido soltados revoloteando al rededor de su libertador, y las jaulas vacías á sus

1. Desahogando su corazón en profusas notas de arte improvisado.

2. Cada vez más arriba te elevas de la tierra cual una nube de fuego; alesteas en el azulado firmamento, y remontas mientras cantas, y cantas remontándote.

pies. El cuadro está en la galería de pinturas del Louvre, en París.

Los antiguos ermitaños tenían gran amor por los animales. Eran sus únicos compañeros. Los pájaros acostumbraban á revolotear en torno suyo; y hasta los animales salvajes buscaban un amparo á su lado. Parecía que sentían que no se les haría daño alguno. Hasta los pájaros conocen y sienten el daño cuando un hombre aparece entre ellos con una escopeta. Los cuervos se elevan después de comer los insectos que encuentran en el surco hecho por el arado, y desaparecen inmediatamente; y al alimentarse los cuervos ya han promovido, trabajado en favor de la cosecha del año venidero.

San Francisco tenía la idea de que todos los seres vivientes eran sus hermanos y hermanas, y llevaba su idea más allá de los límites de la poesía: hasta el hecho positivo. Hasta predicaba á los pájaros. Acostumbraba hablar á todas las cosas creadas como si tuviesen inteligencia; y se complacía en reconocer en las diversas propiedades algún rasgo de la perfección divina. « Si tu corazón es recto, dijo otro sabio antiguo, será entonces toda criatura, un espejo de la vida y un libro de doctrina santa. »

Un estado de sentimiento muy diferente prevalece en Bass Rock, en el estrecho de Forth. El ánsar lo ha convertido en el paraje favorito de los cazadores de aves. Los yates y vapores navegan al rededor de la roca, y durante horas consecutivas sostienen un tiroteo incesante y mortífero. Los pájaros, grandes y chicos caen por docenas, y ya queden heridos ó muertos, se les deja á su destino. Los heridos, con piernas quebradas ó alas que sangran, se agitan de acá para allá en el inquieto mar, bienes mostrencos mutilados, y mueren en medio de sufrimientos imposibles de describir. Y, sin embargo, hay seres inhumanos que llaman á esto « diversión ».

Los pájaros son más humanitarios que algunos hombres. Ayúdanse mutuamente cuando se hallan en dificultades. Cuando Edward de Banff hirió de un tiro á una gaviota de mar, se quedó sorprendido al ver que otras dos que no esta-

ban heridas levantaron á su hermana sobre sus propias alas, y la llevaron al mar. Edward pudo haber muerto muchas gaviotas más, pero « voluntariamente las dejó que llevaran á cabo un acto de misericordia, y pusiesen de manifiesto un caso de afecto del cual ningún hombre tendría que abochornarse si lo imitara ».

La batida ha sido importada en su mayor parte de Alemania á este país. Manadas enteras de perdices, faisanes, liebres, y otros animales, son levantados por los guardabosques en un radio de varias millas y llevadas á un paraje abrigado, donde son muertos á centenares por las escopetas. Esto se llama « diversión ». « Me atrevo á esperar, dijo el arzobispo de York, que no está muy lejano el tiempo en que sea un punto de historia curioso, saber que hubo una época en que los caballeros ingleses publicaban con satisfacción en el extranjero, que ellos y sus amigos habían muerto en un par de días dos mil cabezas de caza, que habían sido acorraladas en un monte para recibir de cierto modo la muerte. Además, el ave enjaulada, soltada sin tener probabilidad de salvarse, herida una vez y otra, y recogida revoloteando y sufriendo, es un pasatiempo para los hombres fuertes y cuando las mujeres constituyen un día de fiesta de semejantes diversiones, muestran que no tienen amor ni piedad. Deja una sombra, y á la verdad, es asunto de penoso estudio. »

¿Es ésta la caballerosidad á que ha descendido Inglaterra? ¿Es este deseo impertinente de inhumanidad y de crueldad, la más elevada idea de la virilidad? Sir Carlos Napier abandonó la caza porque no podía soportar la idea de lastimar á seres mudos; y sin embargo, había ganado la batalla de Meeanee. Era valiente, pero no era cruel. No podía soportar la diversión que se mantiene con los sollozos y los gritos de muerte de seres inofensivos. Cuando el general Outram, el Bayardo de la India, buscaba el restablecimiento de su salud en Egipto, acompañado por su esposa, supo uno de sus amigos que no tenían carne para comer y cazó un pájaro. Outram, á pesar de ser un *sportman*, dijo tristemente: « He hecho el juramento de nunca

cazar un pájaro. » No quiso comer el pájaro cuando estuvo guisado, su amigo le regaló á una anciana campesina, y « comimos como pudimos ».

Alberto de Siena está representado en las antiguas miniaturas en el momento de acariciar á una liebre, porque á menudo las protegía cuando eran perseguidas por los cazadores. Está representado explicando el hecho, lo mismo que el melancólico Diego está llorando y comentando sobre el expirante ciervo. « Un hombre, dice san Crisóstomo, mantiene perros para dar caza á animales silvestres, hundiéndose á sí mismo en la brutalidad; otro mantiene bueyes y burros para transportar mercancías, pero desampara á los hombres que sucumben al hambre, y gasta ilimitadamente el oro para hacer hombres de mármol, pero no cuida de los hombres verdaderos, que se están endureciendo como piedras á causa de su mala condición. »

Un novelista francés dice de los ingleses, en una de sus obras: « Salgamos y matemos algo. » Ésta es la idea que se tiene de los hábitos del inglés. Pero se olvida de sus propios compatriotas. Nosotros hemos conservado aún nuestros pájaros, á pesar de que muchísimos han sido muertos por el frío y el hambre en estos últimos inviernos, y muchísimos más por la caza y las batidas. Aun son los pájaros el encanto del país ¡*Gloria in excelsis!* Pero en Francia están silenciosas las campiñas. No hay música en las alturas. Las alondras han sido cazadas con redes, y comidas. Las aves de vistoso plumaje han sido escopeteadas, y sus alas han adornado los sombreros de las señoras. De todo el país han desaparecido los gorriones, los pinzones, los petirrojos, y los ruiseñores. Todos son muertos y comidos<sup>1</sup>.

1. En materia de pájaros, es la Francia un país obscuro y silencioso. La mirada busca en vano, el oído escucha en vano, porque allí está la naturaleza llorando por sus hijos que ya no existen. Digase lo que se diga de las instituciones republicanas y del propietario, del campesino, no pueden reivindicar compañerismo con la naturaleza, que más bien se adhiere á sus antiguos amigos, el feudalismo y la aristocracia. Si se informara en cualquier parte de Francia de que había un número tan grande de pájaros de lindo plumaje y

Pero ya ha llegado el castigo. Los árboles son comidos hasta quedar pelados; la vid es destruída por la filoxera; las hojas de los arbustos son devoradas por las orugas. Se las ve colgar en racimos de los árboles. Han sido muertos los pájaros que destruían los gorgojos y la filoxera. De ahí que se extienda la destrucción sobre la Francia. Las cosechas son comidas de raíz, y la vid es completamente improductiva en algunos distritos. Así pues, la falta de humanidad, lo mismo que las maldiciones, retorna á casa para empollar. Waterton ha calculado que un par de gorriones destruye en un solo día tantas orugas como son necesarias para comerse medio acre de mieses nuevas en una semana.

Nos alegramos que en Francia se hayan tomado algunas medidas para la protección de los pájaros y de los cuadrúpedos, bajo la ayuda sostenedora del Ministro de Instrucción Pública. Á los niños — porque son siempre los jóvenes los que imitan la crueldad — se les enseña benevolencia y humanidad para con los animales, lo mismo que para todo aquello que depende del cuidado humano. Ésta es la nueva orden de caballería en Francia, y es indudable que demostrará ser de gran utilidad. Ya existen quinientas sociedades juveniles para el cuidado y protección de los animales. En América ha habido un movimiento parecido; y ya se hallan inscritos dos mil niños en la Sociedad Protectora de los Animales en Filadelfia. Incúlcase la benevolencia para con los animales, y el doble deber de respeto y de compasión se les recomienda muy seriamente.

¡Cuánto tiempo se gasta en dar á los niños conocimientos inútiles, y cuán poco se gasta en enseñarles una útil humanidad! Se les enseña una literatura, que en nada contribuye para formarlos mejores ó más humanos. No se les enseña la dulzura, la benevolencia, ó la urbanidad. Se les instruye la ca-

canto arrebatador como se puede ver y oír en casi todas partes, á algunas millas de la metrópoli, saldrían las poblaciones en trajes de fantasía, llevando escopetas y grandes morrales, seguidas de indescritibles perros, y prontas á estar durante días en acecho de la oportunidad de conseguir á tiro fácil una víctima. — *The Times*.

beza, pero no el corazón. Pero podría ser difícil encontrar maestros que pudieran despertar los sentimientos mejores de su naturaleza íntima. La fuerza física está á la mano y á ella se acude generalmente más. Es una cosa directa y palpable. Puede ser sentida. Sus efectos inmediatos son á veces visibles; pero sus efectos finales quedan escondidos en el corazón. Éstos son generalmente apreciados en poco, por ser oscuros y remotos.

Cuando Efordio de Colonia oyó los gritos de llanto que salían de una escuela por donde él pasaba, abrió la puerta, entró y se abalanzó como un león, levantando su bastón contra el maestro y su pasante, arrancando al niño de sus manos. « ¡Qué estáis haciendo, tiranos? dijo él. Aquí estáis puestos para enseñar, y no para matar á los discípulos! »

Es indescrípible la crueldad que se usa con los niños por ciertos padres, lo mismo que por algunos maestros. Se supone que los niños sean de la misma naturaleza mental, del mismo temperamento, de la misma capacidad para aprender, como lo son sus padres y sus maestros. Además, el niño que no puede aprender sus lecciones tan pronto como otro, es azotado, ó humillado de alguna manera. Las personas crecidas olvidan la intensa desventura á que quedan con ello expuestos los niños. El horizonte del niño es tan limitado que no puede ver remedio alguno para sus penas, y su dolor absorbe todo su pequeño ser.

« Padres, no excitéis en vuestros hijos la ira, no sea que se desalienten. » Si la vida de un niño es amargada, tiene por resultado general el desapego y la aversión secreta. Hasta un niño se siente agraviado, y un sentimiento de amargura llega á implantarse en su corazón. Nunca podemos pensar sin lástima de aquel padre que perdió por la muerte á un hijo lleno de promesas, y que le persiguió toda su vida el recuerdo de su severidad paternal. « Mi hijo, dijo á un amigo, me creía cruel, y tenía demasiada razón para pensar así; pero no sabía cuánto le amaba yo en el fondo de mi corazón; y ahora ¡es demasiado tarde! »

Muchas veces creemos, cuando oímos hablar de padres que pegan á sus hijos, que mejor sería que se aplicaran á sí mismos ese castigo. Ellos han sido los que han llevado á la vida á los herederos de su propia naturaleza moral. El niño no hace su propio temperamento, ni tampoco tiene dominio alguno sobre su dirección, mientras es un niño. Si los padres han dado un temperamento irritable al niño, es por parte de ellos un deber, la práctica del dominio sobre sí mismo, de la indulgencia y la paciencia, de manera que la influencia de la vida diaria, pueda con el transcurso del tiempo, corregir y modificar los defectos de su nacimiento.

Pero « el niño tiene que ser doblegado ». No hay mayor engaño que éste. La voluntad forma la base del carácter. Sin fuerza de voluntad, no habrá firmeza de propósito. Lo que es necesario, no es doblegar ó quebrar la voluntad del niño, sino educarlo en una dirección conveniente; y esto no debe hacerse usando como agentes la fuerza ó el miedo. Podrían citarse mil casos en prueba de esta teoría.

Cuando el padre ó el maestro confían principalmente en el castigo para gobernar la voluntad del niño, éste asocia insensiblemente el deber y la obediencia con el miedo y el terror. Y cuando hayáis asociado así el mando sobre la voluntad de otros con el castigo, habréis hecho todo lo posible hacer para poner los cimientos de un mal carácter, de un mal ciudadano<sup>1</sup>. Podrá ser muy bien que los padres no piensen en esto mientras se están azotando en sus hijos sus propias faltas, pero no por eso es menos verdad. No hay duda alguna que el mando sobre la voluntad de otro ejercido por el castigo conduce paulatinamente á todos los varios grados de irritación, injusticia, crueldad, opresión y tiranía.

Cuando hace poco en la escuela *Blue-coat* se ahorcó un

1. « Toda primera impresión, dice Richter, continúa por siempre con el niño: el primer color, la primera música, la primera flor, pintan el fondo de su vida... El primer objeto de amor, interno ó externo, la injusticia, ó cosas por el estilo, arrojan una sombra incommensurable en los futuros años de su existencia. »

muchacho, antes que someterse á los rigores de la escuela, salió otro antiguo discípulo de la *Blue-coat*, y describió los castigos que se practicaban en ese establecimiento ricamente dotado. « Los castigos, dice, eran sencillamente brutales en su severidad, y á veces eran aplicados con muy escasa justicia<sup>2</sup>. » Hay que mencionar otro punto aún. La tiranía de los maestros para con sus discípulos implanta en ellos una tiranía para con los otros. Los golpes les enseñan la crueldad para con los que están en su poder. Así como no ha sido tomado en consideración su sentimiento de dolor, así adquieren un desprecio por los dolores de los demás. Llegan á encontrar placer en causar dolor á sus condiscípulos de menos edad que ellos, y á los seres mudos, pero sensibles.

Existe una enorme cantidad de crueldad practicada contra los animales, y que nosotros creemos que tiene su origen en el castigo corporal que se ha recibido en la familia ó en la escuela. Lo veis en una cuadrilla de muchachos pegándole á un pobre burro en el campo — ó en ahogar un gato — ó en atar una caja de lata á la cola de un perro, ó en atar á un abejarrón, ó en diversas diversiones de los chicuelos. Los

2. El reverendo Andrés A. W. Drew, doctor en filosofía, hizo un llamamiento al público sobre este asunto, en una carta al *Times*. « Afortunadamente, dice, nunca fui yo azotado, pero mientras viva no olvidaré una escena que presencié, de otro muchacho, que había sido azotado. Era un jovencito pequeño y delicado, de nombre Blount, y dormía en la cama inmediata á la mía. Un muchacho grande había compelido á Blount para que fuese y le trajera unos terrones de azúcar de la azucarera del pasante. El muchacho grande se comió el azúcar, y el chico no tomó ni uno. Llegó el caso á conocimiento del pasante, dió parte de ello al administrador, quien azotó á Blount por ladrón, y no castigó al muchacho grande. Esa noche no podía dormir el pobre Blount, y al fin me pidió que le ayudara. Le saqué la camisa y vi que sus espaldas, desde los hombros hasta la cintura, no eran sino una masa de carne lastimada, estando pegada la sangre á la camisa de tal modo, que causaba dolor el desprenderla. Entonces con mi dedo y pulgar, saqué de su espalda por lo menos una docena de pedazos de varillas de abedul, que habían penetrado profundamente en las carnes. La espalda del muchacho más se parecía á un pedazo de carne cruda que á otra cosa... Comparad esto, señor, con un castigo de azotes moderno dado en la cárcel, donde según dicen los diarios quedó la espalda del criminal ligeramente enrojecida, pero sin que saliera sangre, y que vuestros lectores digan lo que piensan de un castigo de azotes en un *Hospital de Cristo*. »